

ARTÍCULO DE OPINIÓN

“Petróleo bajo fuego: guerra y riesgo sistémico en la economía global.”



Econ. Luis Cabrera, Mgs.

La escalada del conflicto entre Irán, Estados Unidos e Israel en 2026 ha reactivado un principio clásico de la economía internacional: cuando se tensiona el núcleo geoestratégico del comercio energético, el mercado global responde con volatilidad inmediata. El Estrecho de Ormuz, por donde transitan aproximadamente 20 millones de barriles diarios, cerca del 20% del suministro mundial de petróleo, se ha convertido nuevamente en el epicentro de la incertidumbre. No se trata solo de un punto geográfico; es un cuello de botella sistémico cuya alteración afecta simultáneamente oferta, expectativas y estabilidad financiera internacional.

La dependencia estructural de la economía mundial respecto a esta vía marítima revela la profunda interconexión entre decisiones militares y estabilidad macroeconómica. Desde finales de febrero de 2026, la reducción del tránsito de buques cisterna, la suspensión de rutas comerciales y el retiro de coberturas por parte de aseguradoras elevaron la percepción de riesgo en los mercados. En cuestión de días, los futuros del Brent aumentaron cerca de 13%, ubicándose en torno a los US\$ 82 por barril. Aunque este nivel permanece por debajo de los máximos históricos de 2008 (superiores a US\$ 140), el ritmo del incremento refleja que el mercado no reacciona únicamente ante la escasez efectiva, sino ante la probabilidad de interrupción.

El petróleo, como insumo transversal, amplifica estos choques. Impacta transporte, producción industrial, fertilizantes y cadenas logísticas globales. Cuando el precio incorpora una prima geopolítica, los costos se trasladan progresivamente a bienes y servicios, presionando la inflación. La experiencia de 2022 con la guerra en Ucrania demostró que un shock energético puede alterar las trayectorias de política monetaria en economías avanzadas y emergentes. Bancos centrales que buscan consolidar la desinflación enfrentan el dilema de mantener tasas elevadas para contener expectativas inflacionarias o flexibilizarlas para sostener el crecimiento. Allí es donde el conflicto deja de ser regional y adquiere dimensión sistémica.



Desde una perspectiva geoeconómica, los productores enfrentan incentivos ambivalentes. Precios elevados fortalecen ingresos fiscales y reservas externas, especialmente en economías rentistas. Sin embargo, un petróleo persistentemente alto puede desacelerar la economía mundial y erosionar la demanda futura. La Organización de Países Exportadores de Petróleo y sus aliados (OPEP+) ha reaccionado con incrementos marginales de producción, intentando enviar señales de estabilidad sin desincentivar ingresos extraordinarios. El equilibrio es delicado: estabilizar sin deprimir, contener sin renunciar al beneficio coyuntural.

A pesar de los avances en transición energética, la estructura productiva global sigue siendo intensamente dependiente de los hidrocarburos. Las economías han diversificado fuentes y ampliado almacenamiento estratégico, pero la interdependencia persiste. India y China, dos de los mayores importadores mundiales de crudo, canalizan una proporción significativa de su abastecimiento a través del Golfo Pérsico. Europa, aun ajustándose a su reconfiguración energética posterior a Rusia, observa con cautela. Estados Unidos, convertido en productor relevante gracias al shale oil, combina su papel militar con capacidad energética estratégica. Esta configuración refuerza una realidad: la energía sigue siendo un instrumento de poder.

América Latina no es protagonista directa del conflicto, pero tampoco es ajena a sus efectos. Países exportadores de crudo pueden registrar mejoras transitorias en términos de intercambio, aunque expuestos a volatilidad cambiaria y presiones inflacionarias internas. Economías importadoras de derivados, como Ecuador, enfrentan mayores costos en gasolina y diésel, con impactos sobre transporte, producción y bienestar. La transmisión es inevitable porque el petróleo opera como precio ancla en múltiples sectores. Por ello, el conflicto de 2026 no representa simplemente un episodio de encarecimiento energético; evidencia la fragilidad interconectada del sistema económico global. Cuando un nodo crítico se altera, el efecto se propaga en cadena. Eso es, precisamente, riesgo sistémico: la capacidad de un shock localizado de amplificarse y afectar la estabilidad del conjunto.

Para las economías latinoamericanas, comprender esta dinámica no es un ejercicio teórico, sino una condición necesaria para anticipar vulnerabilidades y fortalecer resiliencia macroeconómica.

Autoría:

**Econ. Luis Guillermo Cabrera Montiel, Mgs.
Docente e investigador a tiempo completo
Universidad Tecnológica Empresarial de Guayaquil**